

# DOMINGO XXXI TIEMPO ORDINARIO, CICLO B

## AMARÁS AL SEÑOR TU DIOS

Por Alfonso Martínez Sanz

Lecturas: Deuteronomio 2, 2-6; Hebreos 7,23-28; Marcos 12, 28-34



1. Los dos acontecimientos eclesiales que estamos conmemorando en la Iglesia con el Año de la Fe, recientemente inaugurado por el Papa Benedicto XVI, son el cincuenta Aniversario del comienzo del Concilio Vaticano II, y el Aniversario veinte de la publicación del Catecismo de la Iglesia Católica, Pues bien, en el número 2083 de este Catecismo, se nos enseña: *Jesús resumió los deberes del hombre para con Dios en estas palabras: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente" (Mt 22, 37; cf Lc 10, 27: "...y con todas tus fuerzas"). Estas palabras siguen inmediatamente a la llamada solemne: "Escucha, Israel: el Señor nuestro Dios es el único Señor" (Dt 6, 4). Dios nos*

*amó primero. El amor del Dios Único es recordado en la primera de las "diez palabras"...*

Éste ha de ser el intento primero del hombre en su caminar hacia la otra vida: esforzarse por amar a Dios sobre todas las cosas, por encima de los bienes materiales, culturales o de cualquier otra naturaleza, y por encima, incluso, de la familia y de la propia vida. Ciertamente llegar al máximo en el amor a Dios en esta tierra no es fácil; es más, sólo se alcanza en el cielo. Sin embargo, la actitud permanente de cada hijo de Dios en la Iglesia ha de ser intentar conseguirlo.

2. Dios no es un Dios ausente, lejano, que no se ocupa de los hombres para nada. Ni tampoco es un Dios terrible, enemigo de la felicidad humana. Es un Dios presente, cercano, amante y compañero de viaje del hombre hasta que el mundo se acabe. Por ser el Dios verdadero, es un Dios que *nos amó primero*, como dice el Catecismo, porque *Dios es amor* y, por puro amor, nos creó, pues no tenía necesidad alguna de crearnos. Y, tal como podemos leer en el capítulo tres del evangelio de San Juan, *tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo primogénito*, el cual derramó por amor hasta la última gota de sus sangre, salvándonos del pecado y de la muerte eterna. Y no solamente eso, después de su ascensión, *vive siempre para interceder* ante el Padre en favor de los que salvó.

Hemos escuchado en la primera lectura que Moisés, en nombre de Yahvé, después de decirle al pueblo *escucha, Israel*, añade: *amarás al Señor tu Dios con*

*todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas.* Hemos oído también que, en el evangelio proclamado, el nuevo Moisés, el primogénito del Padre, Jesús de Nazaret, nos ha dicho igualmente: *amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todo tu ser.* Como pueblo de Dios que somos y, como personas individuales, lo nuestro ha de ser procurar amar a Dios del todo, siendo Él y su voluntad el centro de nuestro pensar, de nuestro querer, de nuestro actuar..., de todo.

3. Lo que exige el *amarás al Señor tu Dios con todo el corazón...* no es otra cosa que saber corresponder con amor al amor que Dios nos tiene, el cual es total, sin medida. ¡Qué rico es en su contenido el refrán de que *amor con amor se paga!* Pues esto es lo que intentamos cuando nos esforzamos por cumplir el primer mandamiento de la Ley de Dios. El amor de Dios al hombre exige reciprocidad: que el hombre ame a Dios con todo el corazón.

La manera concreta de ir consiguiendo el amor pleno a Dios es procurar cumplir el resto de los mandamientos. El número citado del Catecismo termina así: *los mandamientos explicitan a continuación la respuesta de amor que el hombre está llamado a dar a su Dios.* Cada vez que se cumple un mandamiento divino, se está amando a Dios por encima de lo que el incumplimiento de ese mandamiento nos pudiera ofrecer. Rechazar, por ejemplo, una tentación contra la castidad es amar a Dios por encima del placer que podría producir su consentimiento.

4. Puede decirse también que cumple el primer mandamiento el que cumple por amor la voluntad de Dios. Cumplir la voluntad del Padre fue para Jesús tan necesario como el alimento: *mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y llevar a término su obra.* Cada mañana, al levantarnos y hacer las oraciones de la mañana, debemos comprometernos con nosotros mismos a cumplir ese día la voluntad de Dios, en medio de nuestro trabajos y demás deberes que tengamos que cumplir. Y cada noche, antes de rezar las oraciones y acostarnos, hemos de hacer examen de conciencia sobre cómo hemos cumplido la voluntad divina, darle gracias por lo que ha sido cumplimiento fiel de la voluntad del Señor, pedirle perdón por lo que han sido fallos, y sacar un propósito concreto para el día siguiente.

Hay una virtud en relación a la que hemos de procurar crecer y, de esa manera, cumplir mejor el primer mandamiento y, en general, la voluntad de Dios. Se trata de la virtud importantísima de la fe, que nos conducirá a vernos a nosotros mismos, y a la realidad que nos rodee, con los ojos de Señor. Como puntos concretos, que debemos cuidar muy mucho, pueden señalarse los siguientes: pedir con frecuencia al Señor que nos aumente la fe, rezar todos los días el Credo, conocer mejor nuestras verdades de fe, participar más frecuentemente y mejor en la celebración de nuestra fe en la Eucaristía y, por último, manifestar nuestra fe siendo valientes y dando testimonio público de ella, allí donde nos encontremos.

5. La Virgen creyó del todo y amó del todo. Intentemos parecernos a Ella.